

Martin Amis

Lionel Asbo
El estado de Inglaterra

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Lionel Asbo. State of England
Jonathan Cape
Londres, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: © David Hughes

Primera edición: enero 2014

© De la traducción, Jesús Zulaika, 2014
© Martín Amis, 2012
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7880-6
Depósito Legal: B. 24505-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Christopher Hitchens

Primera parte

¿Quién dejó entrar a los perros?
... Ésta, nos tememos, va a ser la cuestión.
¿Quién dejó entrar a los perros?

¿Quién dejó entrar a los perros?
¿Quién?
¿Quién?

2006: DESMOND PEPPERDINE, CHICO
DEL RENACIMIENTO

1

Querida Jennaveieve:

Estoy teniendo una aventura con una mujer mayor. Es una dama de cierta sofisticación, lo cual supone un cambio con respecto a las quinceañeras que conozco (Aletra, por ejemplo, o Chanel.) El sexo es fantástico y creo que estoy enamorado. Pero hay una complicación grave y es la siguiente; ¡es mi abuela!

Desmond Pepperdine (Desmond, Des, Desi), autor de esta misiva, tenía quince años y medio. Y su letra, actualmente, era tímidamente elegante; las letras se le inclinaban hacia atrás, pero él, con paciencia, las fue enderezando hacia delante, y cuando todo alcanzó una suave armonía empezó a añadirle pequeñas florituras (la *e*, claramente ornada, era como una *w* acostada hacia un lado). Al utilizar el ordenador que ahora compartía con su tío, Des se había dado a sí mismo un curso de caligrafía, entre otros varios.

En el lado positivo, la diferencia de edad es sorprendentemente

Tachó esto último, y siguió escribiendo:

Todo empezó hace quince días, cuando mi abuela llamó a la puerta y dijo cariño, tengo otra vez problemas con la fonta-

nería. Y yo le dije ¿abuela? Iré ahora mismo. Vive en un pequeño apartamento en los bajos de una casa que está a un kilómetro y medio de la mía, y siempre tiene problemas con las tuberías. Yo no soy fontanero, pero aprendí un poco con el tío George, que se dedica a eso. Le arreglé la avería, y me dijo por qué no te quedas a tomar unas copitas.

Caligrafía (y sociología, y antropología, y psicología), pero aún no había llegado a la puntuación. Manejaba bien la ortografía, pero sabía bien lo flojo que estaba en puntuación porque acababa de empezar un curso sobre la materia. Y la puntuación, intuía (bastante acertadamente), era casi un arte.

Así que nos tomamos unos Dubonnet, algo que yo no estoy acostumbrado a beber, y ella no paraba de echarme esas miradas raras. Siempre tenía puestos a los Beatles y ahora estaban sonando todas las canciones lentas, como Golden Slumber's, Yesterday y She's Leaving Home. Y entonces mi abuela dijo qué calor y me voy a poner el camisón. ¡Y volvió con un picardías!

Intentaba darse a sí mismo una educación —no en Squeers Free, del que hacía poco había leído en la *Diston Gazette* que era el peor colegio de Inglaterra—. Pero su comprensión del planeta y del universo tenía lagunas inconcebibles. Una y otra vez se asombraba de la ingente cantidad de cosas que no sabía.

Así que tomamos unas copitas más, y yo empezaba a darme cuenta de lo bien que se conservaba mi abuela. Se cuida mucho, y está francamente en forma si tenemos en cuenta la vida que ha llevado. Así que al cabo de unas copitas más me preguntó ¿no te estás asando con este blazer? ¡Ven aquí, guapo, y dame un abrazo! ¿Qué podía hacer yo? Me puso la mano en el muslo y la fue subiendo pantalones arriba. Bueno, soy humano, ¿no? En el equipo de música sonaba I Should've Known Better, pero entre una cosa y la otra... ¡fue alucinante!

Por ejemplo, el único periódico nacional que Des había

leído en su vida era el *Morning Lark*. Y Jennaveieve, la persona a quien escribía, era la «tía del sufrimiento» de ese periódico, o, mejor, la «tía del éxtasis».¹ En la página que dirigía le relataban amoríos acaso totalmente imaginarios, y sus respuestas eran juegos de palabras lascivas precedidas y rematadas por sendos signos de admiración. La aventura de Desmond no era imaginaria.

Ahora bien, créame que todo esto no es nada «propio de nosotros». ¡No tendría que haber sucedido nunca! Muy bien, vivimos en Diston, y allí ese tipo de cosas no estarían demasiado mal vistas. Y, muy bien, mi abuela tuvo una juventud traviesa. Pero es una mujer respetable. El caso es que mi abuela va a celebrar un cumpleaños muy importante y supongo que eso ha hecho que se le vaya un poco la cabeza. Y en lo que a mí respecta, mi educación es estrictamente cristiana al menos por parte de padre (es pentecostalista). Y verá, Jennaveieve, he sido muy infeliz desde que mi madre, Cilla, murió hace tres años. No encuentro palabras. Necesitaba ternura. Y cuando mi abuela me tocó de esa forma. Bueno.

Des no tenía intención de enviar realmente esta carta a Jennaveieve (cuyo cuerpo parcialmente desnudo adornaba la página en cuyo encabezamiento, en lugar de «tía del sufrimiento», se leía «ángel del sufrimiento»). La escribía sencillamente para aplacar sus pensamientos. Imaginaba su respuesta fiable y en absoluto juzgadora. Algo como: *¡Al menos estás disfrutando de los viejos tiempos de tu abuela!* Des siguió escribiendo.

1. Paralelismo intraducible entre dos expresiones: la que alude a la encargada de un consultorio sentimental, en inglés *agony aunt* («tía del sufrimiento», el que le confían quienes la consultan), y *ecstasy aunt* («tía del éxtasis», el generado por las historias que le cuentan y los comentarios de ella al respecto). (*N. del T.*)

Aparte de la cuestión de si es ilegal o no que me está poniendo enfermo, hay otro problema grandísimo. Su hijo, Lionel, es mi tío, y cuando no está en la cárcel es como un padre para mí. Tenga en cuenta que es un criminal terriblemente violento y si descubre que me estoy acostando con su madre me mata. Joder. ¡Literalmente!

Podría argumentarse que ello suponía subestimar gravemente las ideas de Lionel sobre la transgresión y la venganza... El objetivo inmediato, para Des, era dominar el apóstrofo. Y después de eso, los arcanos de los dos puntos y el punto y coma, el guión, la raya, la barra oblicua.

En el lado positivo, la diferencia de edad no es tan grande. Tenga en cuenta que mi abuela Grace empezó muy pronto, y se quedó embarazada cuando tenía doce años, lo mismo que mi m

Oyó los sordos ruidos metálicos de los cerrojos, se miró con horror el reloj, trató de ponerse de pie sobre sus piernas entumecidas, y de pronto Lionel estaba allí.

2

Lionel estaba allí: una forma enorme y blanca, apoyada en la puerta abierta, con la frente pegada a la muñeca levantada, jadeando ásperamente, despidiendo un tenue vapor gris a través de la camiseta morada (el ascensor se estaba portando mal, y el apartamento estaba en el piso treinta y tres, pero Lionel podía despedir vapor mientras dormitaba en la cama en una tarde tranquila). Bajo su otro brazo llevaba un cargamento de *lager*. Dos docenas, dentro de una envoltura de plástico. Marca: Cobra.

—Has vuelto pronto, tío Li.

Lionel levantó una mano callosa. Ambos aguardaron.

En su apariencia externa Lionel era brutalmente genérico: el cuerpo tipo losa, el bulto lleno de la cara, la coronilla bien rapada y con el vello incipiente leonado. Fuera, en aquella gran ciudad del mundo, había centenares de miles de hombres jóvenes que se parecían mucho a Lionel Asbo. A cierta luz y en ciertos entornos, se parecía, según algunos, al portentoso delantero del Manchester United y de la selección de Inglaterra Wayne Rooney: no excepcionalmente alto y no obeso, pero excepcionalmente ancho y excepcionalmente *profundo* (Des veía a su tío todos los días, y todos los días le parecía una talla más grande de lo esperado). Incluso tenía los dientes separados, como Rooney. Bien, los incisivos superiores los tenía muy separados, pero Lionel raras veces sonreía. Sólo se los veías cuando se le dibujaba la sonrisa burlona.

—¿Qué estás haciendo con ese boli? ¿Qué estás escribiendo? Me lo imagino.

Des pensó con rapidez.

—Oh, cosas de poesía, tío Li.

—¿Poesía? —dijo Lionel, reculando.

—Sí. Un poema titulado «La reina de las hadas».

—¿La qué? A veces pienso que no tienes remedio, Des. ¿Por qué no estás rompiendo cristales de ventanas? Eso no es sano. Oh, sí, escucha lo que te digo. ¿Sabes el tipo ese al que le partí la cabeza el viernes en el pub? ¿El tal señor Ross Knowles? Me ha denunciado. Se ha chivado. ¿Te lo puedes creer?

Desmond sabía muy bien lo que podía sentir Lionel en relación con tal asunto. El año pasado Lionel llegó una noche a casa y encontró a Des repantigado inocentemente en el sofá negro de polipiel viendo *Crimewatch*. El resultado fue una de las zurras más largas y ruidosas que recibió en su vida de manos de su tío. *Piden al público*, dijo Lionel, de pie

y en jarras delante de la pantalla gigante del televisor, *que fisgue a sus vecinos*. Crimewatch... *es como... como un programa para pedófilos, eso es lo que es. Me da asco*. Esta vez Des dijo:

—¿Te ha puesto una denuncia? Jo... Eso es... de lo bajo lo más bajo. Eso es lo que es. ¿Qué vas a hacer, tío Li?

—Bueno, he estado preguntando por ahí y resulta que el tipo es un solitario. Vive en un cuarto alquilado. Así que no hay nadie al que yo pueda ir a aterrorizar. Excepto a él.

—Pero sigue en el hospital.

—¿Y? Voy a llevarle un racimo de uvas. ¿Has dado de comer a los perros?

—Sí. Pero no queda Tabasco.

Los perros, Joe y Jeff, eran los dos pitbulls psicópatas de Lionel. Su dominio era el balcón estrecho de la cocina, donde los dos animales gruñían, iban de un lado para otro y giraban en redondo, mientras llevaban adelante su guerra de ladridos con el montón de rottweilers de la azotea del edificio de pisos contiguo al de ellos.

—No me mientas, Desmond —dijo Lionel con voz quieta—. No me mientas nunca.

—¡No te miento!

—Me has dicho que les habías dado de comer. ¡Y no les has dado Tabasco!

—¡Tío Li, no me llegaba el dinero! ¡Sólo tenían las botellitas grandes, y cuestan cinco noventa y cinco!

—Ésa no es excusa. Tendrías que haber birlado una. Te gastas treinta libras, *treinta libras*, en un puto diccionario, y no puedes gastarte un par de chelines en los perros.

—¡Nunca me he gastado treinta libras! Me lo dio la abuela. Lo ganó con un crucigrama. El crucigrama con premio.

—Joe y Jeff... no son *mascotas*, Desmond Pepperdine. Son herramientas de mi negocio.

El negocio de Lionel seguía siendo un misterio para Des. Sabía que en parte tenía que ver con el extremo más espeluznante del cobro de deudas; y en parte con una actividad relacionada con la «reventa» (Lionel la llamaba literalmente «reseteo»). Des sabía esto por simple lógica, porque la Extorsión con Amenazas era el delito por el que más lo enviaban a la cárcel... Allí estaba Lionel, haciendo algo en lo que era francamente bueno: expandir tensión. Des lo quería profunda y más o menos incuestionablemente (*No estaría aquí hoy si no fuera por el tío Li*, se decía a sí mismo a menudo). Pero siempre se sentía ligeramente enfermo en su presencia. No incómodo. Enfermo.

—Has vuelto pronto, tío Li —repitió tan despreocupadamente como pudo—. ¿Dónde has estado?

—Con Cynthia. No sé por qué me molesto. Fiuuu..., el estado en que está la tal Cynthia.

La rubia espectacular llamada Cynthia, o *Cymfia*, como lo pronunciaba él, era lo más cercano a una novia de la niñez que había tenido Lionel, y ello porque había empezado a acostarse con ella cuando Cynthia tenía diez años (él tenía nueve). Y era asimismo lo más cercano a una novia normal que había tenido en su vida, y ello porque la veía regularmente: una vez cada cuatro o cinco meses. De las mujeres en general, Lionel a veces decía: *Dan más problemas de lo que valen, si queréis saber mi opinión. ¿Mujeres? A mí no me preocupan las mujeres.* Des pensó que probablemente era lo mejor: las mujeres, en general, deberían sentirse muy contentas de que Lionel no se preocupase por ellas. Había una mujer que sí le preocupaba, pero esa mujer le preocupaba a todo el mundo. Era una beldad promiscua llamada Gina Drago...

—Des. Esa Cynthia —dijo Lionel con un hartazgo de lascivia—. Dios. Hasta... eh... durante... eh..., ya sabes, duran-

te el..., pensaba, Lionel, estás perdiendo tu juventud. Lionel, vete a casa, tío. Vete a casa y ponte a ver cualquier porno decente.

Des levantó el Mac y se puso cautamente de pie.

–Ya está. Me voy.

–¿Sí? ¿Adónde? A ver a esa tal Alektra.

–No. He quedado con mis amigos.

–Muy bien, pues haced algo útil. Robar un coche. Eh, ¿sabes qué? A tu tío Ringo le ha tocado la lotería.

–Nunca le había tocado nada. ¿Cuánto?

–Doce libras y media. Es una pérdida de tiempo, la lotería, si quieres saber lo que pienso. Oye. Tenía ganas de preguntarte una cosa. Cuando andas por ahí por la noche...

Des estaba allí de pie, con el Mac encima de las dos manos, como un camarero con una bandeja. Lionel estaba allí de pie con las Cobra en las dos manos, como un carretero acarreando la carga.

–Cuando andas por ahí por la noche, ¿llevas una navaja?

–¡Tío Li! Ya me conoces.

–Bueno, pues deberías llevarla. Por tu propia seguridad. Y tu paz mental. Vas a conseguir que te desplumen. O algo peor. Ya no hay peleas a puñetazos; en Diston, al menos. Sólo peleas a navajazos. A muerte. O con pistolas. Bien –se ablandó–, supongo que no pueden verte en la puta oscuridad.

Des sonrió con sus dientes blancos y limpios.

–Cuando te vayas, llévate un cuchillo del cajón. Uno de los negros.

Des no se reunió con sus amigos. (No tenía amigos. Y no quería tenerlos.) Se fue a casa de su abuela.

Como sabemos, Desmond Pepperdine tenía quince años. Grace Pepperdine, que había llevado una vida muy

difícil y engendrado muchos, muchos hijos, era una mujer de treinta y nueve años bastante presentable. Lionel Asbo era un joven de veintiún años muy curtido por la vida.

En la polvorienta Diston (conocida también como Diston Town o, más sencillamente, Town), nada —ni nadie— tenía más de sesenta años. En un gráfico internacional de expectativas de vida, Diston aparecería entre Benín y Yibuti (cincuenta y cuatro años para los hombres y cincuenta y siete para las mujeres). Y eso no era todo. En un gráfico internacional de tasas de fertilidad, Diston aparecería entre Malawi y Yemen (seis hijos por pareja, o por madre soltera). Así, la estructura de edad en Diston tenía una forma extraña. Pero, aun así, Town no iba a decaer en absoluto.

Des tenía quince años. Lionel veintiuno. Grace treinta y nueve...

Se agachó para abrir el pestillo de la cancela, bajó de un brinco los siete escalones de piedra, llamó con la aldaba. Se quedó a la escucha. Fue acercándose el sonido de sus mullidas zapatillas; se arrastraban por el piso mientras al fondo (como de costumbre) se oía la pureza melódica de una canción de los Beatles. Su preferida de siempre: «When I'm Sixty-Four».

3

El amanecer hervía a fuego lento sobre el increíble edificio, la inmensidad apilada de Avalon Tower.

En el balcón acortinado (del tamaño de una angosta plaza de parking), Joe estaba tendido soñando con otros perros, perros enemigos, perros canallas de ojos brillantes como piedras preciosas. Ladraba en sueños. Jeff se dio la vuelta con un suspiro beatífico.

En el dormitorio número uno (del tamaño de una cancha de squash de techo bajo, y en el que había una distancia considerable entre las cosas, entre la puerta y la cama, entre la cama y el armario ropero, entre el armario ropero y el espejo de cuerpo entero basculante), Lionel yacía soñando con la cárcel y con sus cinco hermanos. Todos hacían cola en el economato para comprar chocolatinas Mars.

Y en el dormitorio número dos (del tamaño de una espaciosa cama de cuatro columnas), yacía Des soñando con una escalera de mano que llegaba al cielo.

Se hizo de día. Lionel se fue temprano con Joe y Jeff (negocios). Des siguió soñando.

Llevaba seis o siete meses sintiéndolo: las punzadas y aceleramientos de la inteligencia dentro de su ser. Cilla, la madre de Des, murió cuando él tenía doce años, y durante tres Des vivió como en un trance, como en un sueño de plomo; todo estaba embotado y sin madre. Y un día despertó.

Empezó a llevar un diario y un cuaderno de notas. Había una voz en su cabeza, y él la escuchaba y hablaba con ella. No, estaba en comunión con ella, estaba en comunión con los susurros de su inteligencia. ¿Todo el mundo tenía una, una voz interior? ¿Una voz interior más inteligente que uno mismo? Pensó que probablemente no. Entonces, ¿de dónde le venía?

Des miró el árbol familiar, su Árbol del Conocimiento particular.

Bien, Grace Pepperdine, la abuela Grace, no se había ocupado de la educación de la madre de Des con demasiada dedicación, por razones obvias: a la edad de diecinueve años tenía siete hijos. Cilla fue la primera en nacer. Todos los demás eran chicos: John (escayolista), Paul (capataz), George (fontanero), Ringo (sin trabajo) y Stuart (un secretario

de tres al cuarto). Al quedarse sin más nombres de los Beatles (incluido el Beatle «olvidado», Stuart Sutcliffe), Grace, exasperada, bautizó a su séptimo hijo con el nombre de Lionel (por un héroe mucho menor, el coreógrafo Lionel Blair). Lionel Asbo, como se le conocería más tarde, era el benjamín de una gran familia regentada por una madre sola apenas lo bastante mayor para votar. Aunque hacía el crucigrama del *Telegraph* (no el rápido sino el críptico; tenía una extraña maña para ello), Grace no era una pensadora perspicaz. Cilla, sin embargo, *era más brillante que un montón de monos juntos*, según Lionel. «Dotada», decían de ella. *La primera de la clase sin esforzarse. Y se quedó preñada de ti. Estaba de seis meses cuando se examinó para el ingreso en el instituto. Y aprobó. Pero después, cuando llegaste tú, Des, se acabó.* Cilla Pepperdine no se quedó embarazada de más niños, sino que empezó a llevar la primera juventud más desenfrenada que pueda llevarse humanamente con un bebé en casa; un bebé, luego un niño pequeño y luego un niño más mayor.

¿Qué sabía de su padre? Muy poco. Una ignorancia que Cilla compartía en gran medida. Pero todo el mundo sabía una cosa de su progenitor: era negro. De ahí el color resinoso de Desmond, de café con leche matizado con un atisbo de algo más oscuro. Palisandro, quizá: de tez compacta, y con una fragancia inconfundible. Era un jovencito que olía muy bien, delicadamente ensamblado, de dientes impecablemente blancos y ojos melancólicos. Cuando sonreía ante el espejo, sonreía con tristeza al fantasma de su padre, al fantasma de su genitor perdido. Pero en el mundo de vigilia sólo lo había visto una vez.

Iban subiendo por Steep Slope cogidos de la mano, Des (siete años) y Cilla (diecinueve), después de una jarana en

el parque de atracciones de Happy Valley, cuando de pronto ella dijo:

—¡Es él!

—¿Quién?

—¡Tu padre! Mira. ¡Es igual que tú! Boca. Nariz. ¡Joder!

Muy pobremente vestido, disparatadamente calzado, el padre de Des estaba sentado en un banco de metal, entre una mochila amarilla llena de manchas y cinco botellas grandes vacías de sidra Strongbow. Durante varios minutos Cilla trato de despertarlo, con violentas sacudidas y pellizcos con las uñas, y, hacia el final del incidente, con bofetones alarmanamente sonoros propinados con la palma abierta de la mano.

—¿Crees que está muerto? —Cilla se inclinó hacia delante y le pegó un oído al pecho—. Esto a veces funciona —dijo, y acto seguido, intensa, morosamente, lo besó en los ojos—. No tiene remedio. —Se enderezó y le propinó al padre de Des un último y ensordecedor guantazo—. Bueno, vámonos, cariño.

Le cogió de la mano y siguió andando deprisa, y Des la siguió tropezando a cada paso, con la cabeza dándole vueltas, desbocada.

—¿Estás segura de que es él, mamá?

—Por supuesto que estoy segura. ¡No seas descarado!

—¡Mamá, para! Se está despertando. Vete y dale más besos en los ojos. Se está moviendo.

—No. Es el viento, amor. Quería preguntarle algo. Quería preguntarle cómo se llama.

—¡Dijiste que se llamaba Edwin!

—Era una suposición. Ya me conoces. Recuerdo las caras, pero no puedo recordar los nombres. Ah, Llorón. No... —Se agachó a su lado—. Escucha. Lo siento, cariño. Pero ¿qué puedo decir? ¡Llegó y se fue en una tarde!

—¡Dijiste que había durado una semana entera!

—Ah, no sigas. No, cariño. Se me parte el corazón... Escucha. Era amable. Era un encanto. De ahí te viene tu religión.

—No soy religioso —dijo él, y se examinó en el pañuelo de papel que su madre le apretaba contra la nariz—. Odio la Iglesia. Sólo me gustan las historias. Los milagros.

—Bueno, de ahí viene tu dulzura, mi amor. No te viene de mí.

Así que Des no lo vio más que una vez (y Cilla, al parecer, no lo vio más que dos veces). Y ninguno de los dos pudo siquiera imaginar lo atroz que aquel encuentro habría de ser en la memoria de Desmond. Porque también él, cinco años después, trataría con todas sus fuerzas de despertar a alguien, de despertar a alguien, de hacer que alguien volviera...

No era más que un resbalón, un pequeño resbalón, un pequeño resbalón en el suelo del supermercado.

Así que Des (que ahora se levantaba de la cama, en la vasta ciudadela) pensó que sería precipitado atribuir cualquier gran agudeza, cualquier gran sentido común, a su padre. ¿Quién, entonces, era la fuente de aquellas susurran-tes, deleitosas expansiones, que cual erupciones solares cumplían con su cometido en su mente? Dominic Oldman: él era la fuente.

El abuelo Dom apenas acababa de salir de la escuela primaria cuando dejó embarazada de Cilla a la abuela Grace. Pero cuando volvió (y se quedó el tiempo suficiente para volver a dejarla embarazada de Lionel), estaba en la Universidad de Manchester estudiando Económicas. *Universidad:* sería difícil exagerar la referencia y la frecuencia con las que Des susurraba esta palabra. Su traducción personal de ella

era *el poema primero*. Para él significaba algo muy parecido a la armonía del cosmos... Y él la deseaba para él. Deseaba la *universidad*; quería el poema primero.

Y aquí estaba lo gracioso. A Cilla y a Lionel se les conocía en la familia como «los gemelos», porque eran los únicos hermanos que tenían el mismo padre. Y Des creía que Lionel (pese a su pavoroso currículum vitae) participaba secretamente del cacumen del viejo Oldman. La diferencia, al parecer, era de actitud. Des amaba su inteligencia; y Lionel la odiaba. ¿La odiaba? Bueno, estaba claro como la luz del día que siempre la había combatido y que se enorgullecía de ser estúpido a propósito.

Cuando Des fue a ver a su abuela, ¿estaba siendo estúpido a propósito? ¿Y estaba siéndolo ella también, cuando lo dejó entrar? Tras la noche fatídica, vino la mañana fatídica...

Te traigo un poco de leche, dijo desde la puerta.

Su abuela se dio la vuelta. Y él la siguió. Grace tomó asiento en el sillón, junto a la ventana, con sus gafas de abuela (de montura de metal circular), con la cara sin maquillar inclinada penitencialmente sobre el crucigrama del *Telegraph*. Al cabo de un rato, dijo:

Me detienen con frecuencia, y me dirijo hacia el este en el último minuto. Dos, tres, cuatro, dos, cuatro... Justo a tiempo.

Justo a tiempo. ¿Cómo resuelves ésta?

Me detienen con frecuencia. En la cárcel a menudo. Me: m, e. Dirijo hacia el este: e. En el último minuto. Justo a tiempo.¹ *Des, tú y yo. Vamos a ir al infierno.*

1. *In the nick of time* («justo a tiempo») podría escribirse *in the nick oft* (*of* y *t*, la inicial de *time*), y entonces se convertiría en «en chirona a menudo» (*nick*: «chirona»; *oft*: «a menudo»). (*N. del T.*)